



Trepidaciones

Ramón Castillo

*La ciudad, ya lo dijimos, perfecciona a diario
el plan maestro de su demolición,
de su regreso hacia el embrión, las breñas, las piedras del
principio.*

EDUARDO LIZALDE

LA CIUDAD DE MÉXICO EXIGE de sus habitantes la aceptación sumisa del azar y, de manera contraria, la tenaz voluntad de sobreponerse a sus designios. Como espacio de enorme peso histórico, las inercias que han signado su desarrollo tienen importantes repercusiones simbólicas, destacando de entre ellas el despropósito y la obstinación. Rasgos que, en buena parte, definen los derroteros de nuestro ser nacional. Mucho se ha escrito sobre el frágil escenario donde se asienta el monstruo de casi nueve millones de personas y el crecimiento inusitado, caótico e improvisado de sus calles y edificios, la anarquía de sus reglas no escritas, así como el franco espíritu de supervivencia de sus habitantes.

Corazón de arterias taponadas e inmuebles carcomidos, este es el teatro donde se escenifica el juego del poder. Ha recibido con igual coquetería lo mismo a conquistadores que a tlatoanis, a presidentes que a pobres diablos, a libertadores y revolucionarios, a hordas de burócratas y a empresarios de obscenas fortunas; de ahí que para una parte del imaginario colectivo todos los caminos lleven al Zócalo. Se sabe que, al igual que Roma, la ciudad no se construyó en un día, es más, aún no termina de configurarse. En permanente hechura, tapizada de remiendos y nuevas obras, esta metrópoli emerge cada mañana de sus ruinas para seguir, mostrenca y vanidosa, su camino hacia la disolución.

Majestuoso y al mismo tiempo atroz, este territorio expresa su vitalidad mediante convulsiones reiteradas, demostrando que en el centro mismo de la república llevamos inscrita a la turbulencia como el sino que nos define. El visitante tiene que aprender a lidiar con la potencia inconmensurable de la tierra, la constancia de lo provisional del esfuerzo humano. Vivir en el Distrito Federal conlleva abrazar la futilidad y, a la vez, saborear la aventura de estar parados sobre suelo incierto.

Existe un pacto tácito que firma cada uno de los pobladores. Saben que la ciudad tiene una naturaleza efímera. Ese es uno de sus más terribles encantos y el no menos infame de sus excesos. Como pocos lugares del territorio, aquí se vive y se goza con la certidumbre de que para la naturaleza todo afán terreno es nimio. Como dijera un clásico, la vida no vale nada. O si lo vale, tiene el precio que impone el ser parte de este enorme animal ciudadano llamado Distrito Federal. En palabras de Fernando Curiel, “ningún psicólogo social o antropólogo urbano o historiador de las mentalidades o economista de coyuntura o tecnócrata de la ansiedad podrá explicar, razonablemente, cabalmente, por qué carajos permanecemos aquí, retrepados a dos mil y pico de metros de altura sobre el nivel del mar, sofocados en invierno, al borde de un estiaje total, respirando toneladas de mierda, sobre un suelo arcilloso que o se anega o resquebraja o hunde o trepida”. Este arrojado incomprendible bien podría ser uno de los núcleos elementales que definen a nuestra raza, en definitiva, somos proclives a amancebarnos con el capricho suicida o el absoluto desdén.

Si bien México no es la única ciudad que padece con frecuencia veleidades tectónicas, no deja de llamar la atención que los movimientos telúricos de la capital parezcan tener un correlato en casi todos los registros sociales. Octavio Paz utilizó una imagen que pretendía explicar el orden de la cosmovisión nacional. La pirámide como el eje del universo —señaló el Nobel— es “el sitio en que se cruzan los cuatro puntos cardinales, el centro del cuadrilátero: el fin y el principio del movimiento”, y más adelante abunda “si México es una

pirámide trunca, el Valle de Anáhuac es la plataforma de esa pirámide. En el centro del valle está la ciudad de México, la antigua México-Tenochtitlan, sede del poder azteca y hoy capital de la República”.

Si bajo tal argumento este es el lugar desde el cual se define y traza el destino de todo un pueblo, donde se erige la confluencia de los tiempos y fuerzas, quizá tendríamos que aventurar un elemento más para integrar una lectura de mayor amplitud, esto es, la naturaleza convulsa y sobresaltada de la base donde la pirámide se asienta. En otras palabras, si la centralización del poder hace de este lugar ombligo de la historia, la economía y el gobierno; entonces, en el país cada sismo es una forma de hacer presente nuestra atropellada existencia como nación. Bajo una lectura que se desplaza de la topografía a la metáfora, todo nuestro sistema vive con la fantasmagórica presencia de una inevitable caída, pues reconocemos que el monolito jerárquico que simboliza nuestra altanería adolece de unos ridículos y enclenques pies de barro. El temblor y la zozobra son, pues, parte constitutiva de este país.

El propósito de la pirámide es crecer en altura, sobreponiendo capas que disfracen su precariedad, aunque se imponga de manera obsesiva la natural tendencia al hundimiento. Su camino es sólo una larga dilación ante el destino manifiesto de ser engullidos por el oscuro lodo de nuestro devenir. Cada reconstrucción es un gesto entre heroico y risible, pues la urbe debe su grandeza a la paciente contumacia de sobreponerse a la fatalidad. Este país tiene mucho de imposible y muy poco de cierto, no obstante, ha sobrevivido a su propia desmesura.

El temor latente de que todo pueda derrumbarse no sólo es una presencia para los habitantes del desaparecido lago; es una preocupación perenne para el resto de los mexicanos. Crecemos y vivimos como artistas existenciales que sonríen ante el desastre de su propia personalidad. En esta tierra, las turbulencias del terreno son extensivas al valor de nuestro dinero, a la seguridad en el trabajo, a la probidad de los políticos y a los vaivenes de cada sexenio.

Los sismos que sacuden a la ciudad de México nos recuerdan, especialmente a quienes los padecemos, la trémula característica que define a todo nuestro proyecto de nación, su estructura endeble, los cimientos pobres y mal hechos, el siempre obstinado afán de sostener batallas contra la gravedad o el buen juicio.

Las trepidaciones sacan a la luz primitivos temores e inusitadas creencias. Sin embargo, uno se percató de que a fuerza de repetirse, el sismo nos hace receptivos al impacto, convivimos con la incertidumbre y la vida misma está en permanente suspenso. Si debemos leer nuestra identidad a partir de la escala de Mercalli, también debemos admitir que al cimbrarse nuestras certezas, algo en nosotros se empeña en luchar rabiamente. La tragedia íntima de la nación es que se

crece al castigo. Estamos habituados a emplazamientos dementes y desaforados. He ahí nuestra gallardía y también nuestra vergüenza. Cada segundo de vibraciones prolonga el vetusto grito de la tierra, es un canto indecible. Pero luego, ya pasado el susto, los rezos terminan, los llantos desaparecen y comienza, otra vez, el acelerado ritmo de lo cotidiano.

La inveterada fuerza que emana de este lugar nace de su fragilidad y tozudez, del espíritu que pareciera irradiar su influencia en todos los sentidos, dando así forma e inspiración al entrañable esperpento nacional. Al ser la ciudad de México el centro metonímico del país, en un nivel de símbolos y representaciones arquetípicas, una tarea para los futuros mexicanos quizá sería comenzar a emprender una historia patria a la luz de la sismología. ▲▲

Equipos de rescate buscan supervivientes en los restos de un edificio del Conjunto Pino Suárez en la ciudad de México en 1985. (Fotografías: John Barr/Liaison)

